

LA MÚSICA EN LA LITERATURA

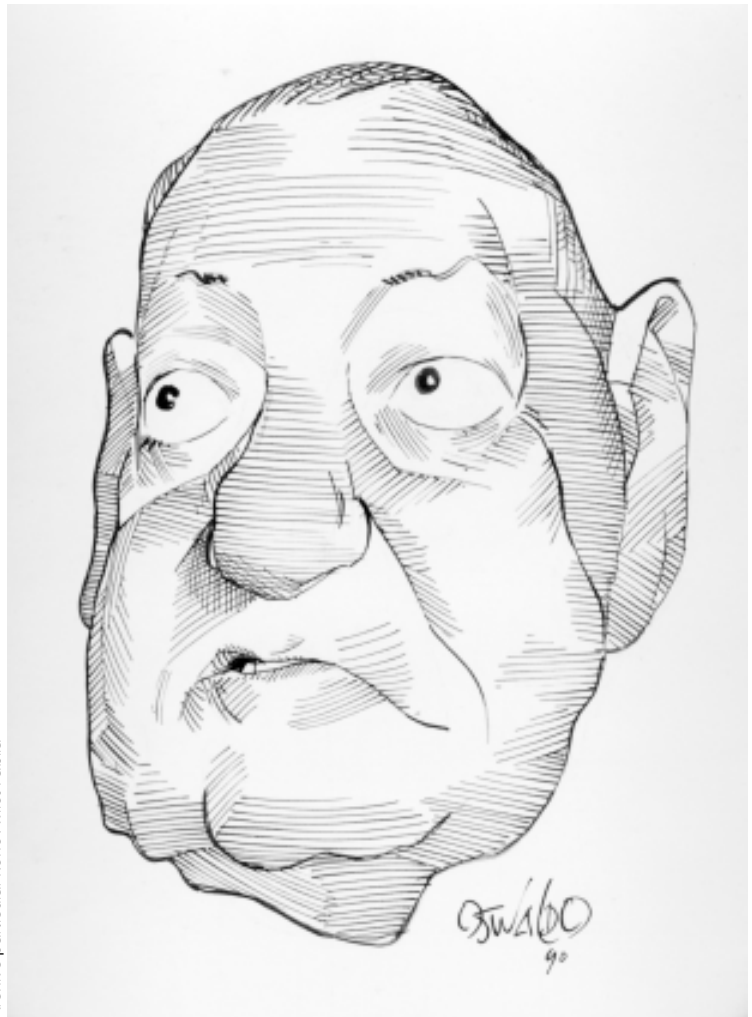
RENÉ AVILÉS FABILA

II: *Concierto barroco* de Alejo Carpentier

En efecto, la literatura ha tratado —tal vez con pleno éxito— de mezclarse con otras artes, por ejemplo, la pintura y la música. Muchos escritores han puesto sinfonías, piezas pianísticas o jazz y rock and roll. Dentro de estos últimos, están Parménides García Saldaña y José Agustín. Ambos hacen que sus personajes pasen por escenas donde el rock suena estruendoso. Es difícil entender su literatura sin el conocimiento de tal corriente musical.

Jorge Semprún, a cambio, ha insistido en fusionar las letras con la silenciosa voz de los cuadros que a él le han sorprendido. En su novela *La segunda muerte de Ramón Mercader* arranca describiendo pinturas de

Archivo particular René Avilés Fabila

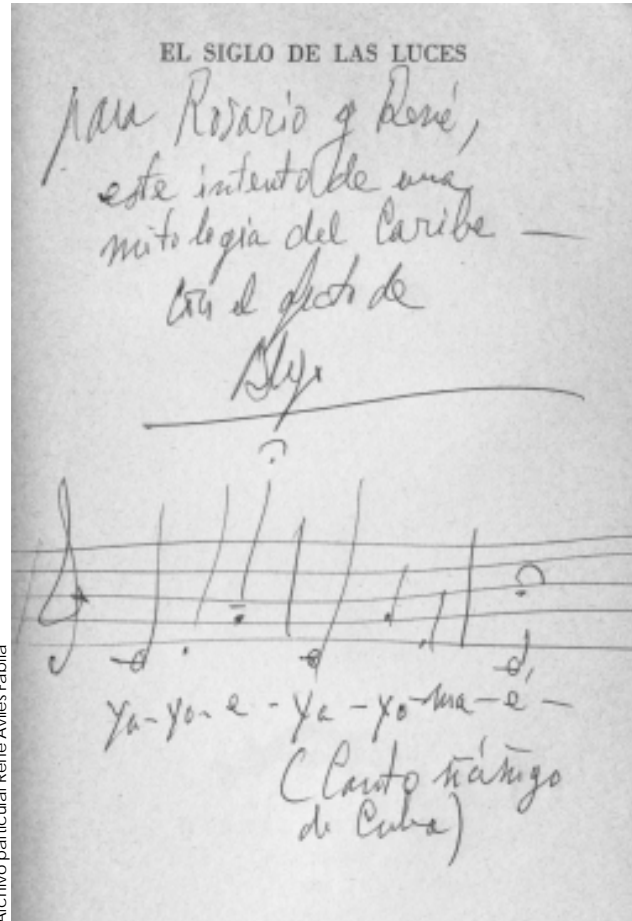


Alejo Carpentier
Caricatura de Oswaldo (1990)

Velásquez y de Egbert Van der Poel. Los personajes discuten si la *Visita de Delft* es, según Proust, el cuadro más bello del mundo. Más adelante, aparecen obras de Vermeer. Y en un libro más reciente, *Veinte años y un día*, 2003, Semprún vuelve a utilizar ese recurso: hablar largamente de obras plásticas y darles así un papel dentro de la novela. El soberbio cuadro *Judit y Holofernes* de Artemisia Gentileschi es uno de sus ejes, a grado tal que los editores obsequiaron una tarjeta postal de la obra con un fragmento de Semprún. Es evidente el gusto estético del escritor español, en consecuencia, resulta normal que en sus novelas aparezcan no únicamente alusiones a lo que André Malraux, un eterno enamorado de la plástica, llamaba las voces del silencio, sino en ciertos momentos análisis y críticas de pintura.

No hablo de que a un pintor le guste la música o que un novelista goce con la ópera. A Salvador Dalí le gustaba mucho el tango, durante su larga agonía ponía sus viejos discos como una forma de recordar sus mejores años. Hablo de todos aquellos que han logrado introducir la música dentro de una novela.

Aunque la pintura aparece en muchas obras y no como una simple alusión erudita, la música es la que ha poblado miles y miles de páginas. El novelista Alejo Carpentier, quien fue un musicólogo afamado y pianista por añadidura, un buen pianista, según me contó Luis Herrera de la Fuente, quien lo escuchó tocar, integró a su literatura música jazzística (como lo hizo Julio Cortázar, admirador de Thelonius Monk y de Charlie Parker, a los que hace aparecer en varios de sus textos) y, sobre todo, música sinfónica. Alejo, alguna vez, al dedicarme *El siglo de las luces*, me dijo: René, le voy a poner una musiquita cubana, y enseguida escribió la llave de sol y varias notas sobre un pentagrama dibujado con agilidad.



Archivo particular René Avilés Fabila

Dedicatoria de Alejo Carpentier para René Avilés Fabila y Rosario, su esposa (Otoño [1913])
El siglo de las luces

Cuando murió Carpentier, un crítico señaló que, merced a su conocimiento de música, el literato había construido sus novelas como grandes sinfonías. Tenía razón plena. Su literatura es musical no sólo por las alusiones a la gran música sino porque su prosa tiene un hermoso ritmo que sólo quienes han escuchado sinfonías, piezas de cámara o de piano, poseen.

Carpentier escribió muchas páginas ensayísticas sobre música culta y música popular, sobre ballet, escribió sobre la Pavlova y sobre Alicia Alonso. Pero ésa es una forma de ver otras artes y en consecuencia queda de lado. En cambio, por ejemplo, construyó el magnífico relato "El acoso" siguiendo con todo rigor el tiempo de la

Heroica, sinfonía de Beethoven. Finalmente logró plasmar el asombro que le producía la música de Igor Stravinsky en *La consagración de la primavera*.

Como dije en mi trabajo anterior, Carpentier le dedicó a la mezcla de música y literatura a muchas obras. Me refiero, entre otras, naturalmente, a *La consagración de la primavera* y *Concierto barroco*. En la segunda, se encuentran

que Jorge Federico Haendel se entregaba a deslumbrantes variaciones que atropellaban todas las normas del bajo continuo. —“¡Dale, sajón del carajo!” —gritaba Antonio. —“¡Ahora vas a ver, fraile putaño!” —respondía el otro. Entregado a su prodigiosa inventiva, en tanto que Antonio, sin dejar de mirar las manos de Doménico, que se le dispersaban en arpegios y floreos...”



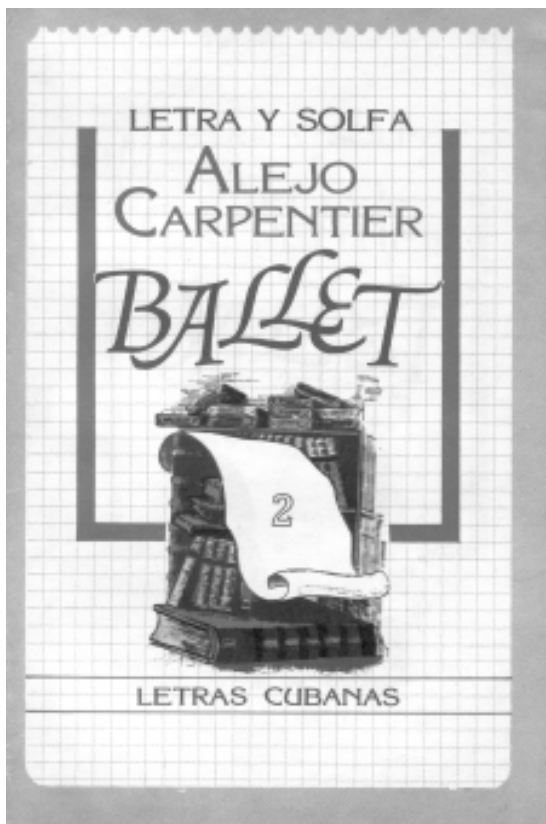
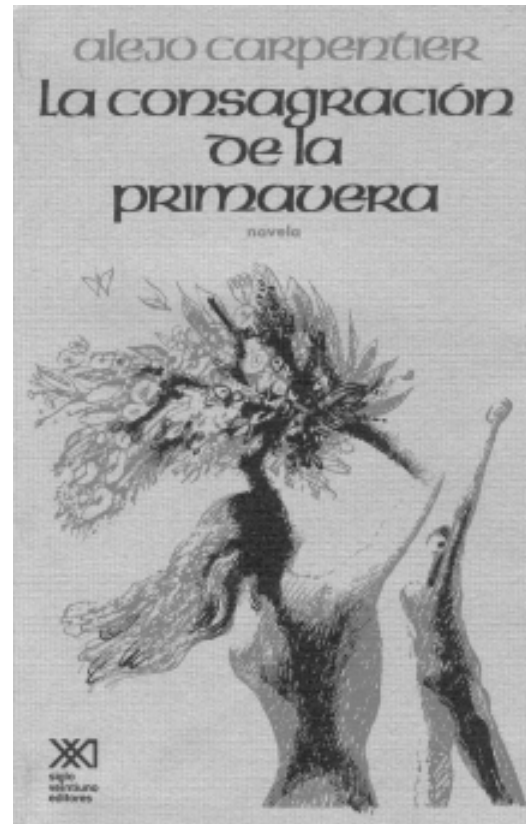
Vivaldi, Domenico Scarlatti y Jorge Federico Haendel y se entregan a una frenética competencia de virtuosismo, donde Carpentier recurre a su sentido del humor y fantástica cultura: Vivaldi arremete “en la sinfonía con fabuloso ímpetu, en juego concertante, mientras Domenico Scarlatti —pues era él— se largó a hacer vertiginosas escalas en el clavicembalo, en tanto

En algún momento de la enorme broma literario-musical de Alejo Carpentier, Haendel y Vivaldi polemizan mientras Montezuma se adormila a causa del vino: —“Stravinsky dijo — recordó de repente, pérfido— que habías escrito seiscientos veces el mismo *concerto*.” —“Acaso — dijo Antonio—, pero nunca compuse una polca de circo para los elefantes de Barnun...” De pronto

interviene Montezuma para afirmar categórico que en México no hay elefantes, pero a cambio hay... y enumera una larga serie de animales tropicales. La broma es de carácter surrealista que, además, posee mucho del teatro del absurdo.

Concierto barroco es una sorprendente ópera y en ella —el centro es el México prehispánico— músicos y música se escuchan a causa de la cultura de Alejo y a su habilidad para manejarlos.

Para convertir *La consagración de la primavera* en novela, Alejo Carpentier llegó al grado de solicitarle a Stravinsky permiso para utilizar los primeros acordes, los que aparecen a modo de epígrafe. Después pasó a ser literatura en una de las novelas barrocas más inteligentes y cultas de las letras latinoamericanas y en general del español, siempre siguiendo la innovadora música que Stravinsky compuso en plena Primera Guerra Mundial, sin puntos y apartes, siguiendo el ritmo vertiginoso de la obra,



intercalando apenas los silencios para darle reposo al lector.

Es posible que nunca antes de Carpentier, la literatura y la música hayan llegado a tal simbiosis y ella produjo un arte novedoso. En lo sucesivo, será difícil, cuando no imposible, pensar en que estas dos artes han sido capaces de reunirse y mezclarse para producir la obra de arte genial. ♣️

RENÉ AVILÉS FABILA

Literato, politólogo y periodista. Profesor de carrera de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas (UNAM). Editorialista de diversos periódicos y revistas de circulación nacional. Premio Nacional de Periodismo del Gobierno de la República (1991). Miembro del Sistema Nacional de Creadores. Director de la revista cultural *Unverso de El Búho*. Presidente de la Fundación cultural que lleva su nombre. Autor de una vasta producción literaria, entre cuyas obras destacan: *El gran solitario de Palacio*, *Tantadel*, *Fantasías en carrusel* y *Réquiem por un suicida*.

www.reneavilesfabila.com.mx